

Narrativa María Gainza, con 'El nervio óptico', constituyó una de las revelaciones recientes de la narrativa en castellano. En su nueva novela retorna al mundo del arte, en el que es experta, para recrear la historia de una falsificadora bonaerense

La memoria alucinada

J.A. MASOLIVER RÓDENAS

La novela, sobre todo en la escrita por mujeres, ha resultado especialmente afortunada en 1976 y alrededores. Hace tres semanas comenté *Cara de pan*, de Sara Mesa, nacida en 1976; hace dos, *Kentukis*, de Samantha Schweblin, nacida en 1978; y ahora se cierra este trío formidable con *La luz negra*, de María Gainza. Nacida, como Schweblin, en Buenos Aires, en 1975, su libro de relatos *El nervio óptico* (2014) fue una verdadera revelación, que tiene como precedente los *Textos elegidos* (2011), selección de ensayos en torno al arte argentino, ya que el arte está presente en su obra de creación.

En *La luz negra* prosigue su afán de búsqueda. La narradora es una crítica de arte que conoce a Enri-

queta Macedo, perita en autenticar cuadros, una artista sin obra, tal vez una obra de arte ella misma, verdadera reina de la fabulación que confiesa a la narradora que se dedica a hacer pasar por verdaderas obras que son falsas. Es así como llegamos a Marietta Lydis, que hizo su nombre retratando a la alta sociedad bonaerense y de la que pronto empiezan a circular falsificaciones. En una subasta conocemos un catálogo de sus obras que se convierten en uno de los varios centros narrativos.

La descripción de cada una de las piezas son verdaderos modelos de narración, donde el arte –como ocurre en el *Kassel no invita a la lógica*, de Enrique Vila-Matas– se transforma en un relato hecho de invención y realidad, con la presen-

cia de *Les fleurs du mal*, de Baudelaire, Montherlant, Foujita, Massimo Bontempelli, Muriel Spark y tantos otros, reforzando así la dimensión cosmopolita y universal siempre presente en Gainza. A ellos llega la narradora, en una verdadera tarea de investigación, a través de Enriqueta. A su muerte, “ya que no podía alcanzarle la luz negra como tea encendida, al menos podía aferrarme a ella mediante la palabra. Me inventé un tema de conversación, y le hablé de la Negra”, que se convierte en la verdadera protagonista en una novela de muchos protagonistas.

Una delincuente con principios

La narradora inicia una serie de entrevistas, de nuevo cada una de ellas un relato, para descubrir la relación entre una obra de arte y su copia. La Negra tenía principios como falsificadora y estaba orgullosa de ellos: “Más que copiar pintaba ‘a la manera de’, que es todo un arte porque supone meterse en la cabeza de otro, requiere de empatía y, ¿por qué no?, de genio”. Al fin y al cabo en las escuelas de Bellas Artes les enseñan a copiar y, añado yo, cuando paseamos por un museo siempre nos detenemos para comparar el original con lo que está haciendo el copista, que es un verdadero proceso de recreación, como el que contemplamos ante cada instalación en *Kassel no invita a la lógica*.

Y hay que decir que la Negra es también una luz negra de la que sabemos muy poco, ni siquiera si si-



La escritora argentina María Gainza

ROSANA SCHOJETT

gue viva, y es también ella una transgresora.

Importantes en la novela son otros dos centros. Nos acompañan los más variados escritores. Y está, por supuesto, la ciudad de Buenos Aires, a la que volvemos puntualmente y con nostalgia los que hemos recorrido sus calles y sus bares, a los que se rinde verdadero homenaje. La vida de muchos de los artistas y escritores que aparecen aquí “ha sido un asunto de bares (...). Se podría hacer una guía fantasma de los bares que han desaparecido, fantasmagórica como la vida de muchos que los frecuentaron”.

Una sola puntualización a una novela que merece encendidos elogios. Federico Vogelius –Fico, para los que fuimos amigos suyos– aparece más como el presunto falsificador de la obra del pintor uruguayo Pedro Figari, por lo que estuvo unos días en la cárcel, que como el conocido mecenas, coleccionista y fundador en la década de los setenta, con un impresionante elenco de colaboradores, de la revista *Crisis*, que hoy sigue siendo un punto de referencia. Secuestrado por la junta militar en 1977, fue liberado ante la presión internacional. “Mi larga amistad con Vogelius es uno de los buenos hábitos de mi vida”, escribió Borges. Como lo es para mí la lectura y relectura de María Gainza. |

María Gainza
La luz negra

ANAGRAMA. 144 PÁGINAS. 16,90 EUROS